

# Ética y responsabilidad en la crisis

(cómo pensar este tiempo de pandemia)

**Adriana Boria - Alicia Servetto**  
(coordinadoras)

Colección Libros  
Debates, pensadores y problemas socioculturales



**Ética y responsabilidad en la crisis  
(cómo pensar este tiempo de pandemia)**

**Colección Libros**

Debates, pensadores y problemas socioculturales



---

Ética y responsabilidad en la crisis: cómo pensar este tiempo de pandemia /  
Waldo Ansaldi ... [et al.]; compilación de Adriana Boria; Alicia Servetto. - 1ª ed.  
- Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.

Centro de Estudios Avanzados, 2021.

Libro digital, PDF - (Libros - Debates, pensadores y problemas socioculturales)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-1751-97-6

1. Ética. 2. Pandemias. 3. Ciencias Sociales y Humanidades. I. Ansaldi, Waldo.  
II. Boria, Adriana, comp. III. Servetto, Alicia, comp.  
CDD 303.401

---

## **Universidad Nacional de Córdoba**

Rector: Dr. Hugo Oscar Juri

Vicerrector: Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira

Decana de Facultad de Ciencias Sociales: Mgter. María Inés Peralta

## **Editorial del Centro de Estudios Avanzados**

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad  
Nacional de Córdoba, Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Directora: Adriana Boria

Coordinación Ejecutiva: Alicia Servetto

Coordinación Editorial: Mariú Biain

## **Comité Académico de la Editorial**

M. Mónica Ghirardi

Daniela Monje

Alicia Servetto

Alicia Vaggione

Juan José Vagni

Coordinador Académico del CEA-FCS: Alejandra Martin

Coordinador de Investigación del CEA-FCS: Marcelo Casarin

Asesora externa: Pampa Arán

Diagramación de Libro: Fernando Félix Ferreyra

Corrección: Simón Juan

Responsable de contenido web: Diego Solís



Atribución-NoComercial-  
SinDerivadas 2.5 Argentina

© Centro de Estudios Avanzados, 2021

**Ética y responsabilidad en la crisis  
(cómo pensar este tiempo de pandemia)**

**Adriana Boria - Alicia Servetto  
(coordinadoras)**

# Índice

Introducción. Ética y responsabilidad en la crisis (cómo pensar este tiempo de pandemia) <i>Adriana Boria y Alicia Servetto</i> .....	9
Volveré y seré millones abriendo las grandes alamedas <i>Waldo Ansaldi</i> .....	15
Pandemias de ayer y hoy. Reflexiones histórico-demográficas <i>Cecilia Moreyra, Leandro M. González, Adrián Carbonetti y Bruno Ribotta</i> .....	37
La post pandemia y los posibles escenarios globales <i>Carlos Juárez Centeno y Gonzalo Ghiggino</i> .....	53
Pensar la teoría política en contexto de pandemia: discutir el significado del poder del Estado y sus efectos políticos <i>María Teresa Piñero</i> .....	67
Opinodemia: ¿discursos del saber o del creer? <i>María Teresa Dalmasso</i> .....	79
Cuidar, cocinar, limpiar. Transitar hacia la muerte en tiempos de covid-19 <i>Alejandra Ciriza</i> .....	95
Tiempos de destiempos: Experiencias, reflexiones y desafíos sobre la educación en pandemia <i>Silvia Servetto</i> .....	101

Prevención, promoción y protocolos: reflexiones éticas sobre estrategias médicas <i>Darío Sandrone</i> .....	113
Retrososos ante la pandemia del coronavirus. Supervivencia y justicia. Ecofeminismo como ética del cuidado <i>Patricia Morey</i> .....	129
El covid-19 y la sociedad mundial: aproximación a un cambio de paradigma en las ciencias sociales <i>Esteban Torres</i> .....	151
Pensar la crisis desde la comunicación, la cultura y la ciudadanía: agenda académica y política para la acción <i>Daniela Monje, Liliana Córdoba, Valeria Meirovich, Susana Morales, Magdalena Doyle y Santiago Martínez Luque</i> .....	167
De los autores .....	185

# Sobre lo que no sabemos: experiencias, subjetividad e interacción en tiempos de pandemia

Silvia Servetto

*Sin embargo, ese no saber, esa inasibilidad, ese modo de escurrirse en el lenguaje sin poder detenerse en ningún lado, eso mismo es lo que empuja a escribir... Se escribe porque no se sabe, se escribe para no saber.*

Alejandra Kohan, *Y sin embargo, el amor*

El 17 de octubre, mientras esperaba participar de la marcha virtual organizada por las agrupaciones peronistas, miraba por la TV pública argentina el programa cultural «Otra trama» conducido por Osvaldo Quiroga. En un segmento le realiza una entrevista a la psicoanalista Alejandra Kohan preguntándole qué la había impulsado escribir un libro sobre el amor. Me pareció interesante escuchar a alguien que hablase del amor en este contexto que abundan discursos y datos sobre la muerte, la enfermedad y la crisis. Decidí comprarlo, obviamente por internet. Me lo trajeron sin moverme de casa. Apenas leí unas pocas páginas encontré lo que comparto en el epígrafe. Si bien ella habla del amor, de su inasibilidad, de cómo se escurre en el lenguaje, aparecía sugerente la idea de unir el amor con la escritura: escribir porque no se sabe. Lo relacioné con la época, la pandemia, con lo que nos pasa y con las dificultades para poner una palabra «conceptual» que explique, interprete o comprenda los acontecimientos que pasan por el cuerpo. Porque no sabemos lo que nos pasa... escribimos.

Debo confesar que esas palabras me corrieron de ese lugar del supuesto saber que busca explicar la totalidad de los fenómenos acontecidos en esta coyuntura de aislamiento y distanciamiento social. Por el contrario, habilitaron para aportar un punto de vista, minúsculo, microscópico, sobre lo que no sabemos, pero nos pasa. De esas cosas elegí lo relacionado con la educación, no solo porque forma parte de mi experticia profesional sino porque allí se subvirtió el sentido y alcance de lo social. A partir de breves experiencias educativas en este contexto excepcional opté por dar lugar a preguntas, hipótesis y análisis de cuestiones preocupantes como la transmisión de conocimientos y su significatividad por parte de los estudiantes y, la alteración de las experiencias de socialización y subjetivación, en especial de jóvenes y niños. A veces en primera persona, otras en plural, en pasado o presente, que dan cuenta de una temporalidad en movimiento, comparto algunas apreciaciones de este transitar colectivo.

1.

Apenas iniciado el año académico 2020 se impuso el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) en todo el territorio argentino debido a la pandemia conocida como covid-19. Esto produjo un hecho inédito en la asistencia escolar de todo el sistema educativo lo que ha tenido por efecto que millones de niños, niñas y jóvenes quedaran sin clases presenciales. La experiencia en las universidades se sumó a este suceso extraordinario donde docentes y estudiantes debimos aprender de la noche a la mañana a manejarnos con clases no presenciales, virtuales y a distancia.

El inicio de las clases a través de entornos virtuales resultó desbordante y, por efecto, caótico. Hubo directivas de adecuar programas, reducir bibliografía, modificar el formato evaluativo, imaginar nuevas formas de transmitir el conocimiento de una materia, crear alternativas de interacción, etc.; todo en una cadena de reacomodamientos súbitos, yuxtapuestos a los que atravesamos como ciudadanos y trabajadores: disponer de espacio en el hogar para el tra-

bajo «áulico», acordar horarios en el uso de la o las computadoras con otros integrantes residentes del hogar, mejorar o ampliar la banda ancha de red, etc. que nos obligó a proveernos de insumos tecnológicos que permitiesen adecuarnos al aislamiento y generar una rutina diferente a la acostumbrada.

Entre risas y desorientación nos fuimos acomodando. En parte. Lentamente aprendimos a hacer uso de la virtualidad, perdimos miedo, vergüenza o prejuicios con la pantalla; la imagen de sí mismo reflejada en el monitor y a hablar sin interlocutores presentes generaba una sensación extraña y de extrañeza que nos exigió superar timideces y reforzar la autoestima. Tuvimos que enfrentar la situación a como diera lugar y con lo que llevábamos puesto de conocimientos tecnológicos. Perdimos los referentes de gestos, ruidos, preguntas, comentarios, escenas espaciales, para estar allí solos con un texto, idea, concepto o autor, que, amén de esa fragilidad, demostraba cuán insuficientes pueden resultar las teorías para explicar las épocas de grandes incertidumbres.

Algunos echamos mano a la historia para encontrar allí procesos similares que nos permitiesen comprenderlo vivido; otros acudieron a la filosofía, la política o a la religión. Se culpó al capitalismo, la modernidad, al excesivo individualismo, la falta de fe, a chinos, a americanos y a la guerra bacteriológica. Surgieron grupos a favor de las medidas preventivas y grupos anticuarentena: responsables versus irresponsables, dóciles versus rebeldes, disciplinados versus indisciplinados.

Teorías conspirativas, apocalípticas, racionales y místicas, abonaron discusiones entre colegas y con estudiantes. Así, inmersos en un raro cotidiano, mixturado de pensamientos, reflexiones, argumentos, vivencias y responsabilidades, nos volcamos a cumplir con nuestras obligaciones laborales: ¿qué hacer?, ¿qué transmitir?, ¿qué era lo importante? ¿conversar sobre lo que nos pasaba?, ¿seguir con lo planificado?, ¿qué se enseña en situaciones extraordinarias donde el sentido de la vida está en cuestión? Difícil poner una palabra allí donde impera un vacío. No la nada sino el vacío de significante que obtura un acto de significación al tiempo que abre la posibilidad de uno nuevo (Laclau, 2011). Ante ello, muchos optamos por continuar

con lo programado, darle un carácter rutinario, volverlo regular, a sabiendas que no era tal, pero, lo necesitábamos, en especial respetar días y horarios como si estuviéramos en el aula, como si fuera presencial. En parte como una necesidad que devolviera un poco de orden a algo que presumíamos anómalo.

Aprendimos a realizar videos caseros, powerpoint, enviar audios, realizar podcast, murales virtuales y a sintetizar clases previstas de cuatro horas a dos horas. Resignamos contenidos, bibliografía y, obviamente, modalidad de trabajo. De alguna manera, estudiantes y docentes, nos acomodamos a las clases virtuales, cuya interacción, si bien resultaba escasa, mejoraba acorde pasaban los días y las semanas. Probablemente algunos/as estudiantes claudicaron en el camino. Alejados del contacto con el otro, distantes geográficamente y en soledad, les resultaba difícil sostener el ritmo del estudio o contar con las condiciones materiales mínimas para participar de las actividades propuestas. Si los docentes sufrimos los cambios, muchísimo más lo hicieron los estudiantes, en particular los ingresantes. Transcribo dos fragmentos de relatos de ingresantes que expresaron sus pesares a través del aula virtual de una materia de primer año de las carreras de Sociología y Ciencias Políticas de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba:

Hola profe, en estos momentos es normal que queramos hablar y decir cómo nos sentimos así que gracias por compartir cómo se siente. Me siento privilegiada al poder quedarme en casa con todas las comodidades para poder estudiar desde acá y por suerte el trabajo o familia no son una preocupación para mí. Pero igual tengo una sensación fea dentro mío, me preocupa el no saber qué va a pasar, cómo van a estar las cosas después, cómo me irá en la facultad porque al ser el primer año me cuesta adaptarme un poco, etc. Pero a pesar de eso, intento enfocarme en lo que tengo y quiero hacer en el día, así no pienso tanto a futuro y distraigo mi cabeza. Espero que esto dure lo que tenga que durar para que después estemos la mayor cantidad de personas bien. Algo que hago, que personalmente me ayuda mucho, es hacer ejercicio, bailar, escuchar música y dedicarle unas horas de mi día a eso; así me distraigo por un tiempito, le aconsejo que lo intente que hace bien. Le

mando un saludo y gracias por abrir este espacio (Eugenia, abril 2020, ingresante de Sociología y Cs. Políticas. FCS-UNC).

La verdad que me siento rara, como que pasan los días, ya no tengo en la cabeza que llega el fin de semana ni la cena ni la siesta porque todo da lo mismo. Me siento así, como que no siento nada. La verdad que me cuesta mucho pensar que (quizás) esté el otro año en 2do de la carrera recién adaptándome a la facultad, es algo que realmente nunca imaginé. Se me hace muy difícil el cursado virtual. El salto desde la escuela a la facu está siendo muy complicado para mí. Le mando un abrazo. ¡Espero conocerla más adelante! y ¡gracias por la propuesta! ¡En estos tiempos hace falta la comunicación más que nunca! (Sandra, mayo 2020, ingresante de Sociología y Cs. Políticas. FCS-UNC).

Difícil situación para estos jóvenes que esperaban expectantes iniciar los estudios universitarios, migrar a la ciudad capitalina o conocer nuevos compañeros. Difícil también construir un vínculo pedagógico desde la distancia y sin horizontes claros. Algo se logró, aunque queda por analizar los alcances y efectos logrados.

Otro tema delicado y que monopolizó la casi totalidad de las discusiones pedagógicas fueron las evaluaciones: qué y cómo evaluar en esta coyuntura resultó un problema de difícil resolución, de múltiples aristas y complejidades varias. Sobre la primera pregunta el problema fue la calidad e intensidad de lo enseñado/aprendido bajo circunstancias que rompen los parámetros vigentes. Con respecto a la segunda, las objeciones más recurrentes fueron acreditar la identidad del o la estudiante y el tráfico de escritos a través de las redes sociales<sup>1</sup>.

Sin embargo, me permito la siguiente pregunta validar la identidad del o la estudiante para otorgar la acreditación produce duda. Ahora, en ese caso, ¿cuál sería la diferencia con respecto a la presencialidad? Se podría refutar que no escapa al mismo inconveniente, al fin de cuentas otro puede rendir en nombre propio, cualquiera sea la modalidad, en especial en carreras con un volumen importante de estudiantes o en asignaturas de los primeros años.

Otro argumento reiterado fue la sobrecarga horaria que requiere estar sentada/sentado frente a una pantalla tomando examen. Es cierto, pero, en rigor, la cantidad de horas frente a una pantalla es equivalente a las sentadas en un aula de los pabellones universitarios. Se plantea que no es lo mismo un aula que una pantalla, que no hay problemas de conectividad, que la comunicación es más fluida y no se produce esa tensión muscular de escuchar entrecortado. Sin desconocer estos argumentos, que también he compartido, quisiera agregar una lectura sociológica desde los aportes del sociólogo inglés Basil Bernstein porque, como estudioso de la transmisión y adquisición del conocimiento escolar en estrecha articulación con la apropiación de los bienes culturales según las clases sociales, ofrece pistas para reflexionar sobre la arbitrariedad del contenido curricular.

En uno de sus textos más reconocidos –*Clases, códigos y control*– escribió: «una sociedad que no oculta los mecanismos de selección, clasificación, distribución, transmisión y evaluación del conocimiento educativo refleja la distribución del poder y los principios de control social». Párrafos más abajo agrega:

El conocimiento educativo es el principal regulador de la estructura de la experiencia. Desde este punto de vista, se puede preguntar «¿de qué modo la transmisión formal del conocimiento educativo y de las sensibilidades evoca, mantiene y cambia las formas de experiencia, identidad y relación? (1988: 81).

Para él, el conocimiento educativo se expresa a través de tres mensajes, curricular (define el conocimiento válido a ser transmitido) pedagogía (define el modo a ser transmitido) y la evaluación (expresión legítima del conocimiento por parte del discente). En esta coyuntura, ¿cómo definir ese conocimiento válido?, ¿cuál sería?, qué sucede con esa relación entre conocimiento y experiencia ya que ambas han sido alteradas. Dilemas que enfrentó el colectivo docente, no solo en la especificidad de la asignatura a su cargo, sino sobre la legitimación de un conocimiento transmitido a los ponchazos y probablemente aprendido del mismo modo.

Si como dice Bernstein detrás de toda transmisión hay control (social y simbólico) sobre eso que se transmite, lo que sucede en la

actualidad pareciera ser lo contrario, una especie de «no control»: no sabemos lo que sucede, no sabemos lo que se recibe, cómo se recepta y en qué momento se realiza, en tanto lo asincrónico implica que cada quien regula sus propios tiempos. La virtualidad contribuyó a sostener las formas de los dispositivos pedagógicos, pero genera un vacío en la relación entre conocimiento y experiencia. Un control que se desvanece entre las manos y, por efecto, el orden que se reproducía a través del mensaje pedagógico comienza a tambalear.

Las dificultades pedagógicas en tiempos de pandemia se cuentan de a montones, unas sobre qué enseñar, cómo llevarlo adelante y qué evaluar, otras con el corte abrupto del vínculo pedagógico, constituido sobre la base de la presencialidad e interacción cara a cara. Bernstein (1990) señalaba que

el dispositivo pedagógico es el medio a través del cual el poder puede ser relacionado con el conocimiento y el conocimiento con la conciencia. De modo que el dispositivo pedagógico es el medio a través del cual se yuxtaponen poder y conocimiento. Es una actividad moral fundamental (p.103).

¿No será acaso que esta modalidad forzada a la que fuimos arrojados trastoca o cuestiona el control ejercido sobre las conciencias? Una falla<sup>2</sup> que se ubica en la imposibilidad del control sobre las conciencias. No falla el mecanismo de evaluación, el cómo hacer ni sobre qué hacerlo, sino qué queda de ello, los efectos de lo transmitido, el costado formativo de lo enseñado, esto es, lo que contribuye a configurar un sujeto determinado: el vacío.

## 2.

Pasa el tiempo y el encuentro presencial con los otros se posterga. Los lazos sociales se sostienen gracias a la tecnología que contribuye a soportar el aislamiento y/o distanciamiento: llamadas telefónicas, videollamadas, mensajes de texto, correos electrónicos, etc. Podría argumentarse que suplen la presencialidad, que son una gran ventaja y ayudan a sobrellevar la situación de encierro; sin embargo, la in-

certidumbre afecta los vínculos y la construcción de los lazos. La distancia no solo opera en el plano de lo territorial, sino que comienza a sentirse en el plano subjetivo. Todo *comienza a ser igual expresó* Sandra, joven estudiante de primer año universitaria, cuya experiencia educativa y social quedó truncada como la de muchos compañeros y compañeras. El contacto, la mirada, el murmullo, la pregunta ocasional, el diálogo, la interacción, el juego, el recreo, las risas compartidas, la chispa que genera la ocasión y desata complicidades, conversaciones cruzadas, etc. todo ello queda suspendido a la espera que en algún momento vuelva a ocurrir. Mientras tanto los procesos de socialización no se detienen, siguen su curso en pandemia y a pesar de ella.

La comunicación mediada por la tecnología ya es un hecho y vino para quedarse. ¿Cuánto tallará en nuestras vidas esos cambios? No en términos de cantidad, volumen, sino en profundidad, intensidad, de esas que llegan a transformar, incluso nuestras valoraciones sobre el mundo social e individual. ¿Se transformarán nuestras formas de interacción o socialización?

No lo sabemos, pero sí podemos dar cuenta que acontece, como en *Her*, película del año 2013 dirigida por Spike Jonze y protagonizada por Joaquin Phoenix: después de finalizar una relación dulcemente amorosa, el protagonista (Theodore) entabla un extraño vínculo con Samantha, asistente virtual, resultado de la inteligencia artificial creada a los efectos de cumplir deseos, intereses y necesidades de cada individuo que se conecta, en este caso, con ella, pero, bien podría cualquier ser otra «empleada» virtual de la empresa.

Theodore encuentra en Samantha una compañera perfecta, hecha a su medida: dialogan largas horas, está disponible todo el tiempo, en cualquier momento del día, lo escucha, no lo interrumpe y lo acompaña en cada uno de los sentimientos experimentados durante la jornada. Una voz sensible está ahí, en su oído, atenta, cautiva y a su merced. Del lado del espectador se advierte un hombre solitario que habla con su audífono, le cuenta sus secretos, angustias, dudas y miserias. Ríe, llora y se conmueve absorto en sí mismo. La sensación —amarga— es la de un vacío profundo, difícil de ser llenado o reemplazado por algo que no sea un alguien.

En todos estos meses de aislamiento social, preventivo y obligatorio, ¿No hay acaso temor a la pérdida de estas prácticas y forjar interacciones que poco tienen de humano?, ¿no nos convertiremos un poco en Theodore? El teletrabajo, las clases virtuales, la comunicación mediada por telefonía celular ¿no nos devuelven esa imagen de ensimismamiento? O, su efecto contrario, ¿no nos lleva a decir y hacer un mundo que ya no lo es?

Estas preguntas aún no tienen respuestas y probablemente no las tengan en el corto plazo, asistimos a los cambios mientras escribimos sobre ellos y será necesario tomar la debida distancia para no aventurar futurismos. En todo caso se pueden señalar ciertos temores a efectos de observar prácticas y discursos que, de manera condicional, no pasan desapercibidos, por ejemplo, aprovechar las medidas sanitarias de aislamiento/distanciamiento, implementadas a nivel mundial, que contribuyen a minimizar la expansión de la pandemia, con el objetivo de expandir un nuevo orden económico basado en el mercantilismo de bienes y servicios, concretamente, la educación. Cuando «quedarse en casa» sirve para instalar la educación a distancia, el consumo de cursos, congresos, conferencias, a menor costos y con más ganancias o beneficios.

A propósito de Antonio Gramsci, Raymond Williams (2009) en su texto *Marxismo y literatura*, plantea que la mejor manera de volver algo hegemónico es transformarlo en una experiencia vivida, «una realidad experimentada», dotada de significados y valores (p. 159). La practicidad de realizar estudios virtuales desde el hogar, sentada o sentado en el sofá del living, sin perder tiempo ni dinero en movilizarse cualquiera sea la distancia, resulta de una comodidad o practicidad evidente que seduce hasta a los más desencantados. Cuando el cálculo económico se impone como estructurador de la vida social, es muy difícil luchar contra ella porque deviene en realidad fáctica.

Este riesgo no es novedoso, A. Puiggrós (2017) hace ya varios años denunciaba los peligros de una educación monitoreada por las reglas del mercado que nada tiene de humanista. Para ella existe una política que busca instalar la lógica mercantilista en la educación donde el blanco son los docentes y el vínculo docente-alumno. «Hay una clara intención de abrir las puertas del sistema de educación

pública a las corporaciones, a todas las ONG que quieran venir a prestarnos servicio, a todas las que quieran venir a dar cursos de formación docente» (p. 7).

La escuela resistió los embates de la privatización, era y es una de las pocas instituciones que conserva de manera casi pura una de las funciones claves más relevantes de la modernidad: la socialización, entendida como la producción de un sujeto social en relación con otros y otras, bajo un proyecto político que puede ser la inclusión, integración, formación para el trabajo, los derechos humanos o lo que cada época defina para su propia reproducción futura y colectiva. Hoy, la pregunta es ¿en qué deriva esta época aciaga?

Pierre Bourdieu (1994) en su texto *El Sentido Práctico* sostenía que «la incertidumbre que encuentra su fundamento objetivo en la lógica probabilista de las leyes sociales basta para modificar no solamente la experiencia de la práctica, sino la práctica misma, alentando por ejemplo las estrategias que apuntan a evitar el resultado más probable» (p. 159).

La incertidumbre provocada por la expansión de la epidemia, sin avizorar un horizonte claro para un futuro planificable, acoplada a cambios de prácticas y experiencias, nos sitúa ante la peligrosidad de romper con uno de los valores más preciados de la sociabilidad que es el encuentro con el otro.

## Cierre

La pandemia deja efectos sociales, políticos y culturales, cuyas dimensiones aún no podemos dimensionar. En este artículo he intentado reflexionar sobre dos aspectos de la experiencia educativa que han resultado alteradas en este contexto: la relación con el conocimiento y la relación con el otro o la otra. Ambas tienen en común que constituyen experiencia y subjetividad y ambas dan cuenta de cómo esa constitución forma parte de un orden social.

En el primer caso a través de la necesidad de perpetuarse en una continuidad a ser transmitido. El conocimiento no es solo un acopio de información, autores, textos y conceptos, sino un modo

de estar, percibir e interactuar con el mundo. Eso es lo que hoy está suspendido, pero también en cuestión. ¿Qué mundo conocemos?

En cuanto a la segunda, preocupa la naturalización de la distancia social, la pérdida de referencia con el otro/otra. No el individualismo que forma parte del folclore moderno profundizado en las últimas décadas, sino el desconocimiento acerca de una otredad que pone en riesgo lo social como un todo.

Volver a las aulas, ocupar los espacios, recuperar la pregunta, serán desafíos a sostener para construir una socialización cuya textura pueda asirse no solo detrás de una pantalla.

## Notas

<sup>1</sup> A finales del mes de septiembre se agregó un tercer inconveniente relacionado con la adulteración de datos del sistema guaraní que permitía acceder a documentos entregados por estudiantes, extraerlos y reemplazarlos por archivos en blanco. Un problema legal gravísimo para la seguridad y privacidad de cada uno. Cfr. con correo electrónico oficial, @guaraní.unc.edu.ar el 20 de octubre del 2020.

<sup>2</sup> Recupero aquí la noción de falla de E. Laclau no como error sino como dislocación en la estructura. Para el autor lo social está constituido por una falla originaria, marcada por una «indecibilidad» que impide la constitución plena del sujeto. Extraído de [https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1984-64872011000200003](https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1984-64872011000200003)

## Bibliografía

- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Bernstein, B. (1988). *Clases, código y control*. España: Akal.
- Bernstein, B. (1990). *Poder, educación y conciencia*. España: El Roure editorial.
- Kohan, A. (2020). *Y sin embargo, el amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E (2011). «Conversaciones filosóficas. Entrevista con Etienne Balibar y Ernesto Laclau». *Revista Debates y Combates*, Año 1, N° 1. Buenos Aires: UNSAM.
- Peller, M. (2011). «Judith Butler y Ernesto Laclau: debates sobre la subjetividad, el psicoanálisis y la política». *Revista Sexualidad*,

*Salud y Sociedad*, N° 7, abril. On-line. Río de Janeiro.  
ISSN 1984-6487      <https://doi.org/10.1590/S1984-64872011000200003>

Puiggrós, A. (2017). «La educación en disputa, retos y perspectivas en el siglo XXI». *Revista Páginas*, N° 8 (12) noviembre. Escuela de Ciencias de la Educación, FFyH-UNC. <https://revistas.unc.edu.ar>

Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las cuarenta.